

" E R A M O S T A N F E L I C E S . . . "

---

Pieza en un acto de:  
José Caviedes López.

---

p e r s o n a j e s :

Víctor

Ana

PEQUEÑO HALL CON ENTRADAS A IZQUIERDA -SE SUPONE QUE ES EL PASILLO QUE DA A LA CALLE- Y OTRA A LA DERECHA- DA A LA COCINA. ATRAS, AL FONDO DEL ESCENARIO, HAY UN PEQUEÑO RELLANO Y EL COMIENZO DE LA ESCALA QUE LLEVA AL SEGUNDO PISO. ESTE PEQUEÑO HALL ESTA ARREGLADO CON UN RELATIVO BUEN GUSTO. TIENE UN SOFA, DOS SILLONES, UNA LAMPARA DE PIE. UNA LICORERA, A UN COSTADO DE LA PARED DE LA IZQUIERDA HAY UNA PERCHA. ALGUNAS REPRODUCCIONES DE CUADROS FAMOSOS. CUANDO SE ABRE EL TELON, LA HABITACION ESTA VACIA. SE SIENTE EL RUIDO DE LA PUERTA DE CALLE QUE SE ABRE Y PASOS. ENTRA VICTOR, CRUZA LA HABITACION Y ENCIENDE LA LUZ DE LA LAMPARA DE PIE.

.....

VICTOR.- (INCLINANDOSE MIENTRAS ENCIENDE LA LUZ) ¡La puerta no se cerró!

ANA.- Off; ¡Puerta de porquería!

VICTOR.- (SE DESABROCHA LA CAMISA Y SE ARREGLA LA CORBATA. TIRA SU ABRIGO AL SUELO) Seguro que la empujaste con el pie.

ANA.- (SE ESCUCHA UN GRAN PORTAZO) Es la cerradura, te he dicho mil (ENTRA) veces que la cambies.

VICTOR.- (TENDIENDOSE EN EL SOFA) Cómo van a durar las chapas en esta casa si cierras las puertas a patadas.

ANA.- (SACANDOSE EL ABRIGO) Esta es la primera vez que lo hago.

VICTOR.- La primera en el día, querrás decir.

ANA.- Bueno ya;... (VE EL ABRIGO BOTADO) Víctor, no puedes dejar tu abrigo en el colgador; (LÓ TOMA Y LO LLEVA A LA PERCHA) Todo el día tengo que andar recogiendo tus cosas.

VICTOR.- Estoy cansado...

ANA.- ¿Y crees que yo no puedo cansarme?

VICTOR.- (LEVANTANDOSE) No, mi amor, Ud. no. ¿Le sirvo un trago a mi amor?

ANA.- (SE SIENTA EN UN SOFA Y SE SACA LOS ZAPATOS) Bueno.

VICTOR.- (DESDE LA LICORERA) ¿Quiere pisco, mi amor?

ANA.- Antes duraban más...

VICTOR.- ¿Solo, o con coca-cola?

ANA.- Como quieras... Un día de estos van a entrar a robar.

VICTOR.- ¿Quién va a entrar a robar? (LE PASA EL VASO)

ANA.- Esa chapa es una porquería.

VICTOR.- Sí, mi amor. (SE VUELVE A TENDER EN EL SOFA)

ANA.- Déjate de decirme mi amor.

VICTOR.- Sí, mi amor.

ANA.- Siempre pasa lo mismo, nunca cierra bien.

VICTOR.- Yo no tengo problemas con las chapas.

ANA.- ¡Yo tengo problemas con las chapas!

VICTOR.- No cierres a patadas las puertas.

ANA.- No seas idiota, Víctor.

VICTOR.- No, mi amor. (TOMA EL DIARIO Y EMPIEZA A LEER) ¿No vamos a comer?

ANA.- Tengo sandwichs.

VICTOR.- Quiero sopa.

ANA.- No, ya es muy tarde para prepararte.

VICTOR.- ¿No quedó nada del almuerzo?

ANA.- No. Hay unos sandwichs de pollo si quieres.

VICTOR.- Quiero sopa.

ANA.- Prepárate.

VICTOR.- Quiero sopa.

ANA.- No jodas.

VICTOR.- China roja y Estados Unidos al borde de la guerra.

ANA.- ¿Y a mí que me importa?

VICTOR.- ¿Cuándo va a estar mi sopa?

ANA.- ¡Miéchica! Se me corrió un punto a la media. Claro, tenía que ser así. Fué en esa porquería de teatro que tiene las butacas unas pegas a otras.

VICTOR.- Si te sentaras bien y no te desparramaras en el asiento, no te pasaría nada.

ANA.- Estaba lateada, la película era una bosta.

VICTOR.- Era excelente.

ANA.- Una bosta.

VICTOR.- (SIEMPRE LEYENDO EL DIARIO) Tú no entiendes nada.

ANA.- Seguramente. Era una bosta con mensaje, entonces.

VICTOR.- Mire mi amor; la conciencia tiene dos umbrales, uno inferior y uno superior. Para poder entender algo, el estímulo tiene que traspasar uno de esos umbrales; pero parece que Ud. no tiene umbral intermedio.

ANA.- ¿Crees que soy tarada?

VICTOR.- No he dicho nada...

ANA.- ¿Para que te casaste con una tarada, entonces?

VICTOR.- No es taradez, sino bajo coeficiente mental...

ANA.- Sí, mi genio...

VICTOR.- Te faltan como cuatrocientos puntos para ser normal.

ANA.- Dáme más pisco, inútil.

VICTOR.- Ahí está la botella.

ANA.- Sírveme tú.

VICTOR.- No puedo; estoy leyendo el diario y esperando mi sopa.

ANA.- Dame más pisco, victor

VICTOR.- Fíjate: aumenta la tasa de alcohólicos en este país; así dice el diario.

ANA.- (SE SIRVE, TOMA Y LUEGO SE ACERCA A EL) ¿No me vas a dar un beso?

VICTOR.- Por supuesto. (DEJA EL DIARIO. LA BESA)  
¿Qué pasa, estás de santo?

ANA.- No. Tenía ganas de besarte, nada más.

VICTOR.- Qué rápido efecto tiene este pisco.

ANA.- Voy a buscar la comida.

VICTOR.- Perfecto. (SE VUELVE A TENDER Y A LEER EL DIARIO)

ANA.- (DESDE LA COCINA) Oye... la protagonista ésa...  
... ¿cómo se llamaba?

VICTOR.- (SIGUE LEYENDO) ¿Quién?

ANA.- Esa, la que se pasea desnuda...

VICTOR.- Jeanne Moreau.

ANA.- Esa era la rubia?

VICTOR.- Sí.

ANA.- Tiene más arrugas que yo, ¿te fijaste?

VICTOR.- ¿Tú crees?

ANA.- (ENTRA CON LOS SANDWICHS) Y sus senos son ho-  
rribles.

VICTOR.- ¿Y la sopa?

ANA.- ¿Te estoy hablando de los senos de esa tipa;

VICTOR.- Te oí perfectamente; yo te pregunté por  
mi sopa.

ANA.- Víctor, ¿estoy vieja?

VICTOR.- Sí, tienes dos mil años. (TOMA UN SAND-  
WICH)

ANA.- Y la muchachita que estaba a tu lado, ¿tenía  
buenos senos?

VICTOR.- No seas idiota.

ANA.- Contesta.

VICTOR.- ¿Quieres dejarme comer?

ANA.- ¿Por qué la mirabas tanto?

VICTOR.- Miraba la película.

ANA.- Y a ella también. Dime, ¿te excitó?

VICTOR.- Terriblemente.

ANA.- Víctor, ¿sentiste algo cuando me besaste?

VICTOR.- Sí. Un hambre horrible.

ANA.- ¿Te hablo en serio, no te burles de mí; (SE

QUIEBRA)

VICTOR.- (LA MIRA) ¿Qué te pasa, Ana? ¿Te sientes mal? Si quieres puedes ir a acostarte. No me esperes, no es necesario, puedo comer solo.

ANA.- A veces me pregunto para qué viviremos juntos...

VICTOR.- ¿Y qué te contestas?

ANA.- (PAUSA) ¿Tienes un mejoral?

VICTOR.- No.

ANA.- Voy a buscar uno.

VICTOR.- ¿No vas a comer?

ANA.- No tengo hambre. (SALE)

VICTOR.- (SE LLEVA UN PAN A LA BOCA Y SE DETIENE. AL HABLAR SE DIRIGE A LA COCINA) ¿Sabes? Yo también me pregunto...

ANA.- (DESDE LA COCINA INTERRUMPIENDOLO) ¿Dónde los dejaste? ¡No están aquí!

VICTOR.- Estarán en el baño al lado de tus píldoras para dormir, tu crema para el cuello, la crema para las manos, las píldoras para la diarrea... ¡o tal vez encima del water!

ANA.- (ENTRA CON UN VASO Y SU PASTILLA) No, Víctor; estaban en la cocina...

VICTOR.- (PAUSA) Perdona, estoy cansado.

ANA.- Yo también. Voy a subir a acostarme. (SE ENCAMINA A LA ESCALERA)

VICTOR.- ¡Ana!

ANA.- ¿Qué?

VICTOR.- Este cansancio... no es de ahora...

ANA.- Sí, lo sé.

VICTOR.- No te vayas todavía.

ANA.- Tengo sueño, Víctor.

VICTOR.- Un momento... sólo un momento.

ANA.- ¿Para qué?

VICTOR.- Ven, siéntate conmigo. (ANA VA HACIA EL, SE SIENTA, SE TOMA LA PASTILLA) ¡No puedes dejar de tomar porquerías!

ANA.- (DEJA EL VASO EN LA MESITA) ¿Qué querías hablar?

VICTOR.- No sé... nada tal vez.

ANA.- ¿Ves? Ya no es como antes. Antes me habrías tomado de la mano, me habrías mirado, y no habría importado que no dijeras nada.

VICTOR.- Ya sé que no es como antes. ¡Yo no soy el de antes y tú tampoco eres la de antes! Se trata de ahora, hoy, esta noche, lo que va a ser mañana.

ANA.- No me interesa lo que vaya a ocurrir mañana, no me importa nada, Víctor.

VICTOR.- Pero tú entendías... Cuando yo te decía... cuando yo te decía... cuando yo te decía... (SE QUIEBRA) ¡mierda!

ANA.- ¿Ves? Eso también pertenece al pasado. Tal vez no me lo dijiste a mí... se lo dijiste a al-  
guién, y ahora confundes las cosas...



VICTOR.- Hace tiempo que no hablamos, Ana. A veces pienso que se trata de creer en algo.

ANA.- No creo que sea eso... tú mismo dijiste una vez, hemos quitado a Dios de en medio y no hemos encontrado nada que lo sustituya...

VICTOR.- ¡No estoy hablando de Dios!

ANA.- No importa, es lo mismo... cualquier cosa es lo mismo...

VICTOR.- No es cierto, tú entendías...

ANA.- ¿Entendía qué?

VICTOR.- Las cosas... (VACILANDO) lo que hacía... lo que decía...

ANA.- Me duele la cabeza, Víctor.

VICTOR.- Cuando yo preparaba mis clases, tú te entusiasmas, discutías... ¿qué pasó, Ana?

ANA.- No sé...

VICTOR.- Y ahora, ¿qué te pasa?

ANA.- Me duele la cabeza... ¿Y a tí?

VICTOR.- No me duele nada.

ANA.- Voy a subir, tengo sueño.

VICTOR.- Bueno... (ELLA SE ENCAMINA A LA ESCALERA)  
Es inútil, ¿verdad?

ANA.- ¿Qué cosa?

VICTOR.- ¿No te interesa?

ANA.- Mañana, Víctor, no ahora. Tengo sueño.

VICTOR.- Estoy escribiendo un libro...

ANA.- ¿Si?

VICTOR.- ¿No quieres saber de qué se trata?

ANA.- Si.

VICTOR.- Mira... él, el protagonista, se llama Leonardo. Y... está en una ciudad en la que él quiso a alguien. Eso fué hace mucho tiempo, y camina por calles que le son conocidas y cree ver a la vuelta de cada esquina a su antiguo amor, y comienza a desesperarse. Una noche se encuentra con una mujer y se enamora de ella. Llueve y caminan bajo la lluvia; y ella le dice que esa noche se va a suicidar; que la acompañe esas últimas horas. El no dice nada y la sigue. Están juntos toda la noche y a él se le olvida. Entran a un café, y en el café él encuentra a su antiguo amor. Va hacia ella y se reconocen y se juntan de nuevo, y él se va con su amor. Amanece, y en un diario, después de varios días, él lee de un suicidio y comprende que era la desconocida de esa noche. Cuando se lo va a contar a su amor ella no está. Se ha suicidado... (LA MIRA) ¿Te gusta?

ANA.- Sí. Buenas noches, Víctor.

VICTOR.- ¿Y no dices nada más?

ANA.- Qué más quieres que diga.

VICTOR.- Algo, cualquier cosa... ¿que no te interesa por último?

ANA.- No, no me interesa... Ya no me interesa.

VICTOR.- ¿Por qué?

ANA.- Antes era lindo cuando me contabas esas historias... cuando te creía...

VICTOR.- No entiendo, ¿qué es lo que no crees?

ANA.- Todos tus otros libros... todos tus otros cuentos... tus poemas y todas esas mentiras con las que te encerrabas en tu escritorio haciendo que las escribías... Pero jamás lo hiciste. Nunca empezaste una sola. ¿Qué quieres que crea ahora;

VICTOR.- ¿Te parece mala?

ANA.- Víctor, ya no soy una niña que necesite un cuento para ir a dormir.

VICTOR.- ¿Esto lo estoy escribiendo;

ANA.- ¿Igual que los otros cuentos?

VICTOR.- No eran buenos.

ANA.- Y éste, ¿es bueno?

VICTOR.- Claro que sí.

ANA.- ¿Cómo lo sabes?

VICTOR.- Porque este lo estoy escribiendo.

ANA.- No es verdad. No has escrito nada, ni escribiste nada. Necesitas mentir un poquito, creer desesperadamente en lo que dices. ¿Pero jamás has hecho nada;

VICTOR.- ¿No te gusta, entonces?

ANA.- No me interesan tus historias de amor.

VICTOR.- Antes te gustaban.

ANA.- Eso era antes, cuando era cierto... Ahora sólo sirven para que huyas de aquí, de mí, de tí, de nosotros.

VICTOR.- No estoy huyendo de nada; Estoy escribiendo esto;

ANA.- Entonces hazlo sin molestar a nadie.

VICTOR.- Pero tú tienes que ver con esto.

ANA.- Yo no tengo nada que ver con eso.

VICTOR.- Antes entendías, Ana.

ANA.- Eso lo supusiste tú. Yo nunca lo dije.

VICTOR.- Entonces todos estos años, ¿has estado mintiendo?

ANA.- No. Yo nunca te he mentado. Tú, sí.

VICTOR.- ¿Pero, en qué te he mentado?

ANA.- Hablemos mañana, Víctor. Me duele la cabeza.

VICTOR.- No; quiero hablar contigo... por una vez que sea... nunca estamos juntos... y algo está malo... ¿No crees que algo está malo?

ANA.- Sí, Víctor... Alguién... tú.

VICTOR.- ¿Yo? ¿Por qué yo?

ANA.- Porque has mentado... siempre has mentado, pero antes no me daba cuenta.

VICTOR.- Estás loca... nunca he mentado... ¿Además qué tiene que ver eso;

ANA.- Ah; ¿No has mentado? Querido Víctor... ¿Te acuerdas de tus hermosas declaraciones mora-

les? Escucha: el hombre se debe a una sola mujer... el hombre es más responsable de las infidelidades que la mujer porque el hombre tiene más libertad en esta sociedad... ¿No de-cías eso o algo parecido?... Pero, ¿no te sonrías siquiera, Víctor?... Entonces esto te puede hacer reír... Escucha... el amor no es solo sexo, sino además comprensión, complementación afectiva, emotiva, intelectual, etc., etc., etc., etc.,... Es compartir soledades...

VICTOR.- ¡No te rías de eso!

ANA.- No interrumpas, Víctor;... Escucha lo que de-cías antes... ¿O no te acuerdas? Nunca he podido acostarme con una mujer sólo por placer.  
...

VICTOR.- ¡Y es cierto!

ANA.- ¡Es mentira! Sabes fabricar palabras para es-conder tu hipocresía!

VICTOR.- ¡No sigas, Ana!

ANA.- No, voy a seguir... ¿No querías hablar? Fija-te que descubrí de repente que es bueno hacer lo, hace bien... y no voy a callarme hasta que termine... ¿No te gusta así?

VICTOR.- No sigas, Ana.

ANA.- ¿Sabes lo que has sido al lado mío, Víctor?  
Una mentira desde el principio hasta ahora.

VICTOR.- No sigas, Ana.

ANA.- ¿Te duele?

VICTOR.- Cállate;

ANA.- ¡Te duele! Entonces sigo...

VICTOR.- Sé razonable, no te portes como un animal;

ANA.- Claro que soy un animal, Víctor. Y ahora mismo soy una hembra herida. Tengo sangre en la venas, no ideas, ni palabras, sino sangre. Eso que dudo que tú tengas. No te voy a seguir el juego de los esposos civilizados que lo arreglan todo hablando.

VICTOR.- Estás cansada, Ana. Acuéstate, mañana hablabamos.

ANA.- No, vamos a hablar esta noche. Ahora no quiero esperar hasta mañana.

VICTOR.- Me duele la cabeza, Ana.

ANA.- ¿Quieres una pastilla? Tengo cientos, puedo darte miles si quieres; pero no es la cabeza lo que te duele, sino lo que te estoy diciendo.

VICTOR.- Estás enferma de los nervios.

ANA.- No. Estoy perfectamente bien; no he tomado, ni tengo sueño, ni siquiera me duele la cabeza. Y tú vas a responder, porque te voy a hacer preguntas.

VICTOR.- Y yo no voy a contestar... (INICIA MOVIMIENTO PARA IRSE)

ANA.- No te vas a ir. Sería tan fácil. Tienes que escucharme.

VICTOR.- (SE TAPA LOS OIDOS Y COMIENZA A ANDAR POR LA HABITACION. ELLA LO SIGUE) Estoy sordo. Soy do sordo sordo. No oigo nada.

ANA.- Jamás oyes lo que no quieres. Eso lo has hecho siempre, pero esta vez, no. ¿Qué sentiste cuando te acostaste con esa alumna que te venía a buscar aquí? ¡Díme!

VICTOR.- No oigo nada;

ANA.- Era joven, ¿verdad? Carne fresca, para estrenar, no como la mía que ya no te produce nada y te ha cansado.

VICTOR.- No oigo nada nada...

ANA.- Y la rubia que te hacía las traducciones?  
¿Tenía un sexo mejor que el mío?

VICTOR.- ¡Sí! ¡Era mejor! La sentía viva debajo de mí, no era acostarse con una muerta como tú!

ANA.- ¡Una! ¡El caballero admitió una!

VICTOR.- Y no tan sólo una, sino cientos; desfilaron miles de mujeres en esta casa, rubias, negras, anchas, bajas, flacas, cientos de mujeres, todas jóvenes, todas hermosas, todas con sus senos erguidos, que no hablaban, se callaban, hacíamos el amor y se iban...

ANA.- ¡Bravo! ¿Qué más?

VICTOR.- Y no tenía que pagarles, como a tí... Se iban después, no se sentían obligadas por nada, no pedían, no exigían nada...

ANA.- Eso... eso... inundaste esta casa de amor, chorreaba el amor por las escaleras, así como todo tu amor derrochado en mí.

VICTOR.- Y sabes, Ana? En cada una amaba algo que tú no tenías... En una sus ojos, en otra su piel, en otra sus piernas, su cuello, y tú no aparecías por ninguna parte...

ANA.- ¡Bravo! Infidelidad perfecta! Sin remordimientos.

VICTOR.- Sí, sin remordimientos. Con sólo pensar en tu imagen de mujer gastada, gritando, lle

nándose de polvos y cremas, y tus carnes flácidas, y tus rabietaas destempladas, desaparecía todo remordimiento.

ANA.- El pobre Víctor... la víctima de su despiadada mujer.

VICTOR.- ¿Y sabes lo que decían cuando estábamos desnudos?... No podían entender cómo yo me podía haber casado contigo, una mujer que se preocupa sólo de sus vestidos, de sus reuniones con amigas, de sus peinados, con una mujer que no entiende nada.

ANA.- ¡Exacto, con una perfecta imbécil;

VICTOR.- Sí, eso decían, con una inútil, con una mujer imbécil.

ANA.- Tienen que haber sido escenas tiernísimas... me lo puedo imaginar todo, tú acurrucado en las rodillas desnudas de una muchacha de largo pelo rubio, hablando, casi llorando, y ella acariciándote el cabello voluptuosamente... ¡despertándoles lástima;

VICTOR.- No, lástima, no...

ANA.- Es lo único que puedes provocarle a una mujer sensata, lástima;

VICTOR.- No te olvides que tú te enamoraste de mí.

ANA.- ¿Estás seguro?

VICTOR.- Estoy seguro.

ANA.- Una se equivoca tanto cuando es joven. O sabe mentir tanto cuando es joven.

VICTOR.- Tú no mentías, ni yo tampoco.

ANA.- Tú siempre has mentido.



VICTOR.- Yo te quería;

ANA.- ¿Para qué? ¿Para acostarte conmigo?

VICTOR.- ¡No sé para qué, pero te quería!

ANA.- (RIENDOSE, CON UN POCO DE HISTERIA) Ojalá hubiera alguien para escucharte. Esto ha sido sensacional... tú has estado enamorado... y de mí, mi querido Víctor... No sé si deba hincarme y quemar incienso y agradeceréte con un baile de regocijo, yo, la muerta que se ha acostado con el frustrado profesorcito, con el frustrado ascritorcito, ha recibido testimonio de amor de su maridito.

VICTOR.- Que te haya querido o no, no tiene importancia... nada tiene importancia ahora...

ANA.- Por supuesto, no había necesidad de decirlo; tan tarada no soy. Me he dado cuenta, sé que ya no te importa nada, absolutamente nada.

VICTOR.- Cuando pienso en las horas felices que pasamos juntos, me dan ganas de llorar...

ANA.- No digas. ¿Tú puedes llorar? Pero si eres casi humano, Víctor.

VICTOR.- Nuestro primer mes fué hermoso, no crees?

ANA.- Vaya, también tienes memoria.

VICTOR.- No te hagas la cínica. No puedes, no te resulta bien... Ese primer mes eras todavía una muñeca, eras tan frágil, tan tierna, me gustaba mirarte en las noches, verte como dormías, como te dabas vueltas en la cama... Era todo tan hermoso.

ANA.- Era, Víctor... Estás hablando de algo que no interesa.

VICTOR.- Eramos nosotros también;

ANA.- No, éramos otros. ¡No los de ahora; Este presente no tiene que ver con nada.

VICTOR.- Tienes razón. No tiene que ver con nada...  
(PAUSA) Tantos años perdidos, Ana.

ANA.- Fué lindo... Tenemos todavía una memoria para el recuerdo.

VICTOR.- Y también para el olvido, Ana.

ANA.- No te quejes más, lo hicimos. Ya éramos adultos.

VICTOR.- ¡No seas teatral, Ana! ¡No quiero grandes frases en este momento. No te esfuerces para decir cosas que parezcan inteligentes.

ANA.- Bueno, está bien... (VA A SUBIR NUEVAMENTE)

VICTOR.- No te vayas, Ana.

ANA.- Quieres decir de una vez por todas qué es lo que quieres de mí. ¡Estoy cansada!

VICTOR.- Toma un trago más y subimos juntos... Por favor...

ANA.- Está bien... (SE SIRVEN. PAUSA. VICTOR LA MIRA)

VICTOR.- Todavía tienes una cara de muñeca.

ANA.- ¿Te parece?

VICTOR.- Claro que sí.

ANA.- Estoy vieja...

VICTOR.- No. No estás vieja.

ANA.- Es igual, me siento vieja...

VICTOR.- ¿Muñeca vieja?

ANA.- No, mujer vieja; nunca he sido una muñeca al lado tuyo. Terminé mi trago, Víctor, voy a subir.

VICTOR.- Yo te iba a mimar, te iba a comprar el mundo.

ANA.- No digas leseras.

VICTOR.- No son leseras, es cierto.

ANA.- Con tu miserable sueldo?

VICTOR.- ¿Sabías que no te casabas con un príncipe;

ANA.- No empecemos otra vez, basta por esta noche.

VICTOR.- ¿Ves? Esa ha sido toda nuestra vida juntos. He tratado de hacerte entender algo, pero jamás lo he conseguido. Ahora quiero hablar contigo y todo lo que he logrado ha sido oír estupideces.

ANA.- Bueno ya... No escuches más si quieres. Ven a acostarte, mañana tienes que ir a trabajar.

VICTOR.- Sube tú sola. Déjame tranquilo.

ANA.- ¿Vas a escribir? ¿Vas a inventar otro de tus cuentos? ¿O vas a estudiar?

VICTOR.- ¿Qué puede importarte a tí?

ANA.- Mañana me mostrarás tu hermosa obra, cuando subas hasta mi pieza con tus ojeras delicadas llenas de hermosas palabras huecas;

VICTOR.- ¡No puedes callarte!

ANA.- Sí, por supuesto que sí. Ya verás que me voy a callar, tendrás tanto silencio que te molestará oírlo... un silencio nuevecito, para que tú lo estrenes.

VICTOR.- Cuando te lea lo que escribiré...

ANA.- (INTERRUMPE) No escribirás nada porque no eres capaz, eres un perfecto mediocre.

VICTOR.- ¡No repitas éso;

ANA.- Eres un mediocre. Me-dio-cre. ¿Escuchaste ahora?

VICTOR.- ¡No seas imbécil, Ana;

ANA.- ¡Soy una imbécil;

VICTOR.- (PAUSA) No pudimos habernos equivocado tanto.

ANA.- Si que nos equivocamos; yo no creí haberme casado con un mediocre, con un pobre tipo que jamás ha enfrentado nada, que se ha vendido toda su vida, con una mentira constante, con un frustradito, con un lameculos de sus superiores...

VICTOR.- ¡No seas imbécil, Ana;

ANA.- ¿Te molesta, frustradito?

VICTOR.- ¡No vuelvas a decir eso;

ANA.- ¿Por qué mi frustradito?

VICTOR.- ¡Pero que te has creído que soy?

ANA.- Un frustradito, un vendido al mejor postor, un lameculos. (VICTOR LE DA UN BOFETON) Sí, un lameculos, eso no lo puedes borrar con un

bofetón... ¿O ya te has olvidado que me enviaste a mí a sonreírle al rector de tu asqueroso colegio para que te subieran el sueldo?

VICTOR.- ¡Querías más vestidos, no?

ANA.- Sabes muy bien que no te aumentaron por tus méritos.

VICTOR.- ¡Cállate, no quiero oír nada;

ANA.- ¿Y por qué no? Hasta cuando vas a continuar como si no lo supieras?

VICTOR.- No es verdad... esos días yo había presentado un programa para 2° ciclo.

ANA.- No. Sabes que no fué por eso. Fué por mí, Víctor. Por mis piernas. ¡Es mi cuerpo el que vale E°800 mensuales;

VICTOR.- ¡Cállate puta;

ANA.- No, puta no, tu mujercita, Víctor.

VICTOR.- Tuviste tu vestido, no? ¡Tuviste peinado nuevo también;

ANA.- Sí. Y tuve un marido nuevo también; alguien más hombre que tú. ¡Cualquiera es más hombre que tú;

VICTOR.- Basta, no digas estupideces;

ANA.- ¿Sabes lo que me decía mientras me acariciaba, mientras ponía las manos donde tú otras veces las habías puesto? Me decía cosas hermosas... ¿Quieres oírlas? Me preguntaba por qué seguía al lado de un pobre tipo como tú, al lado de alguien que jamás iba a conseguir nada, de un rastrero.

VICTOR.- El es un imbécil.

ANA.- Pero un imbécil con plata. Tú eres un imbécil sin plata, un triste imbécil.

VICTOR.- Por qué no te quedaste con él entonces?

ANA.- Me decía que no te había echado por lástima, que no servías para nada.

VICTOR.- ¡Quieres callarte!

ANA.- Pero si tú querías hablar; eso es lo que estamos haciendo. Conversando, entendiéndonos... ¿Cómo se llama eso ahora? Comunicación, no?

VICTOR.- Me dan ganas de matarte.

ANA.- No eres capaz, eres un cobarde.

VICTOR.- Por las dudas, mejor no me desafíes.

ANA.- No te desafié; sé que no eres capaz de nada.

VICTOR.- No seas histérica...

ANA.- Y todavía hay cosas que no te he dicho... el rector fué el primero, con él me acostumbré, después siguieron tus alumnos... mientras tú te acostabas con tus alumnas, yo me acostaba con tus alumnos. ¿Ves qué hermosura?

VICTOR.- No sigas mintiendo, imbécil; nadie se metería contigo.

ANA.- Qué lindas palabras en la boquita de mi amor, imbécil, estúpida... preciosa música en los oídos de esta enamorada... Eres una basura; qué desprecio más grande te tengo, Víctor.

VICTOR.- Coincidimos, Ana; coincidimos en algo por fin.

ANA.- Eres una cosa... eso eres, una cosa... una co  
sa que se puede comprar. ¿Cuánto me cobras  
por irte a la mierda?

VICTOR.- Tú ya no me puedes comprar.

ANA.- Sí, claro que puedo, por supuesto que puedo.

VICTOR.- Tú ya no puedes hacer nada... ni yo tampo-  
co...

ANA.- Pobrecito, el hombre fuerte se está desmoro-  
nando, haciéndose pedazos.

VICTOR.- (SUPLICANDO) No sigas por favor...

ANA.- Tanto tiempo que no sentía nada a tu lado,  
Víctor... te tengo una lástima tan grande.

VICTOR.- Por favor, no sigas...

ANA.- ¿Ves? De nada te han servido tus cuentos, tus  
obras hechas allá en las nubes, de nada me ha  
servido creer en tí, en lo que decías, en tu  
fuerza que iba a quebrar el mundo... Después  
de tanto tiempo, esta es la realidad: tú, ven  
cido a mis pies...

VICTOR.- ¿No era lo que querías? Ahora me tienes co  
mo lo has querido siempre. He renunciado a  
tantas cosas por tí, y siempre había algo que  
se rebelaba en mí, pero ya no queda nada que  
me haga rebelarme... nada.

ANA.- Víctor... (LO ABRAZA Y SE BESAN DESESPERADA-  
MENTE) Pobre Víctor... antes, cuando te iba a  
buscar a la salida de tus clases, me saluda-  
ban tus compañeros y se iban... La última vez  
también me sonreían, pero a tí no. Se daban  
vuelta... te miraban con desprecio.

VICTOR.- Son unos imbéciles.

ANA.- O a lo mejor tenían razón... También los engañaste tanto tiempo. Supieron que eras tú el que iba donde el rector a contarle cualquier huelga que planearan...

VICTOR.- Yo no podía hacerlo. Ellos tienen otros trabajos. Si yo lo hacía, no comíamos, Ana.

ANA.- A veces no importa comer...

VICTOR.- ¡Son todos unos imbéciles!

ANA.- No, tienen dignidad... algo que tú y yo hemos perdido.

VICTOR.- No valen ni la mitad de lo que yo valgo.

ANA.- No, Víctor, valen más que tú y yo. Nunca se han traicionado.

VICTOR.- Ana, no me vengas con cuentos. La primera vez que hubo una huelga pasamos dos meses sin que yo recibiera un cinco y tú, todos los días me reprochabas el que estuviera metido en eso. No fuiste capaz de entender nada... No me vengas ahora a decir eso, porque es mentira.

ANA.- Y después aprendiste a venderte, a venderte al mejor postor.

VICTOR.- Esa es la vida, Ana. Tú no entiendes de esas cosas.

ANA.- Si, entiendo algunas cosas...

VICTOR.- ¡No entiendes nada!

ANA.- Yo entiendo que no eres el mismo.

VICTOR.- No... no... Al principio estábamos juntos, tú entendías y yo me sentía con ganas y con fuerzas para hacer las cosas... Pero la prime



ra vez que tú no tuviste un vestido que poner te... hubo algo aquí adentro, una rabia... una impotencia tan grande. No importaba que yo anduviera con los pantalones lustrosos o los codos parchados y que los alumnos se rieran de mí. Pero tú no; tú tenías que estar bien... Fué entonces, Ana, cuando supe que las ideas no valen una mierda.

ANA.- Esa es una excusa como cualquier otra.

VICTOR.- No, no es una excusa. Soy culpable. Ahora me doy cuenta que la primera vez que cedí era como si ya hubiese cedido para siempre.

ANA.- Tú y yo somos cómodos, así que...

VICTOR.- (INTERRUMPE) No me mezcles en eso. Tú no tienes nada que ver conmigo. No sabes, no has sabido nunca qué es lo que me interesa o qué es lo que no me interesa. Aquí sólo te has preocupado de tus cosas, nunca de mí. Habían días en que me parecía vivir con una extraña.

ANA.- ¿Y tú acaso te has preocupado de saber qué es lo que me interesa?

VICTOR.- ¿Quieres que te las repita? ¿Quieres que empecemos otra vez?

ANA.- Sí, sé que vas a decir mis peinados, mis amigas, mis cremas, mis pinturas... Eso es todo lo que has entendido hasta hoy. Pero nunca te importó que a mí me doliera sentirme un objeto, un adorno más de esta casa, o la mujer con que te satisfacías... Y después toda esa manada de borrachos amigos tuyos...

VICTOR.- No hables así de ellos;

ANA.- Voy a hablar como se me dá la gana. Tus repugnantes borrachos que dicen sí a todas las estupideces que se te ocurren... Ellos siempre han

sido más importantes que yo en esta casa. Este es el primer domingo que te ocupas de mí.

VICTOR.- No me aburren como tú. Con ellos puedo hablar.

ANA.- Sí, del fútbol, de las carreras, de mujeres y escucharles chistes groseros.

VICTOR.- Eran otras cosas las importantes. Tú oíste lo que querías escuchar. Siempre te dormías.

ANA.- ¿Y qué esperabas que hiciera? Qué bebiera con ustedes, que dijera groserías o que jugara al dominó.

VICTOR.- Los echaste de la casa.

ANA.- Nunca te eché a nadie.

VICTOR.- Cada vez que venía alguien a verme, tú subías a acostarte, no te interesaba participar en nada.

ANA.- Estoy harta de tí y tus amigos;

VICTOR.- ¡Nunca debí casarme contigo;

ANA.- ¿Acaso te pedí yo que lo hicieras?

VICTOR.- ¡Tenía que hacerlo;

ANA.- ¡No digas estupideces;

VICTOR.- Claro que tenía que hacerlo;

ANA.- ¡Infeliz;

VICTOR.- ¡Cálmate, Ana; Ahí tienes verdades que tú no querías escuchar.

ANA.- ¡Infeliz;

VICTOR.- La pobre se estaba empezando a poner redonda, y como los imbéciles estábamos enamorados  
...

ANA.- Cállate, Victor, por favor...

VICTOR.- Pero se casó y nunca pasó nada... Los imbéciles estábamos enamorados; la muñeca era frágil y el hombre fuerte tenía que cuidarla, pero se empezó a desinflar, a desinflar y quedó este esqueleto lleno de gritos, esta cosa histérica que no cesa de gritar... Duró un mes la muñequita... uno sólo.

ANA.- No, no... No puede ser... No es cierto...

VICTOR.- Te dije que te podía matar, Ana. Me provocaste... ya ves que soy capaz.

ANA.- SE LEVANTA) Pero no serás tú quién termine de hacerlo.

VICTOR.- (DETENIENDOLA) ¡Qué vas a hacer, Ana!

ANA.- ¡Suéltame!... Suéltame! Quiero morirme, quiero morirme!

VICTOR.- ¡Cálmate, Ana, cálmate!

ANA.- Suéltame, déjame subir. ¡Déjame!

VICTOR.- No, Ana; ¡No!; Por favor; ¡Perdóname!

ANA.- ¡Déjame! (SE SIENTA EN LA ESCALERA Y LLORA)

VICTOR.- Ana... muñeca...

ANA.- Yo siempre quise tener un niño... Un hijo tuyo... yo te quería... tanto... hasta hoy... Siempre quise tener un niño... mío... Y era tan feliz cuando creí que lo íbamos a tener, tú sonreíste, me abrazaste, (EL QUIERE ABRA-

ZARLA) ¡no me toques; me abrazaste, y no dijiste nada; esa tarde, fué en el parque y hacía frío, fui tan feliz... no me importaba nada... quería tanto tener un niño... tuyo y mío...

VICTOR.- Perdóname, Ana.

ANA.- Hicimos planes... Yo iba a trabajar también, le íbamos a comprar cosas... Ibamos a ser tan felices... Siempre creí que te casaste conmigo porque me querías... a veces tenía dudas... pero llegabas tú y se me quitaban, y hoy, después de tanto tiempo... lo dijiste...

VICTOR.- No sabía lo que dije, Ana, perdóname.

ANA.- Lo dijiste, Víctor...

VICTOR.- No, Ana, te quiero, te quiero.

ANA.- Te acostumbraste a estar junto a mí, nada más... ahora sé que nunca me quisiste.

VICTOR.- No, Ana, no... te quiero...

ANA.- Hice tantas cosas por tí, Víctor... ¡Qué imbécil fui!

VICTOR.- Te quiero, perdóname...

ANA.- (COMO PARA SI) ¿Qué puedo hacer ahora?

VICTOR.- Estoy yo, estás conmigo...

ANA.- No, ya no estamos juntos...

VICTOR.- Ana, nos hemos mentido esta noche, hemos dicho cosas que no sentíamos, yo nunca me he metido con otras mujeres, siempre te he querido, nunca...

ANA.- Pero podría haber sido cierto, Víctor. Podría

haber sido cierto que yo me hubiera metido con esa bestia del rector... con tus alumnos... No hay nada que nos impida hacerlo, somos tan tristemente libres.

VICTOR.- Pero podemos empezar de nuevo, entendernos.

ANA.- Has sido tú el que nunca ha entendido nada... Me has impuesto tantas cosas, ya no sé dónde termino yo y dónde empiezas tú... Si alguna vez te hubieras preocupado de verme como a tu mujer.

VICTOR.- No digas eso, muñequita... eres tan linda.

ANA.- No me digas muñequita; ¿Qué no te das cuenta que estoy vieja, Víctor? Me miro cada día al espejo y cada día hay una nueva arruga en mi cara... y mi cuerpo, mis senos caídos, mi piel seca... ¡Estoy vieja; ¡Ya no te sirvo;

VICTOR.- Pero si no es tu piel lo que quiero, Ana.

ANA.- No, un día será cierto que tus alumnas te hagan salir de la casa, y empezarán las disculpas, y no voy a poder soportarlo.

VICTOR.- No digas tonteras... muñeca, te quiero.

ANA.- Sé que es mentira; pero necesito creerlo; necesito tanto creer que me quieres.

VICTOR.- Es cierto, Ana, cierto;

ANA.- No te esfuerces... Ya no es necesario. Ahora sé que es mentira. Ahora seré yo misma quién me engañe, pero lo necesito.

VICTOR.- Verás que todavía tengo fuerzas, voy a escribir...

ANA.- No necesitas mentir. Entiende que no quedó

por tí; lo hago por mí.

VICTOR.- Está bien... mañana hablaremos, tal vez mañana entiendas.

ANA.- Víctor, a pesar de todo, te quiero.

VICTOR.- (LA ABRAZA DESESPERADAMENTE Y SE BESAN) Ana... tanto, tanto tiempo que no lo decíamos así.

ANA.- Siglos...

VICTOR.- Ana, hay cosas que me importan todavía, me importan por tí, por mí; verás que todo será como al principio.

ANA.- Ahora será todo nuevo.

VICTOR.- Claro, todo nuevo, es mejor. (PAUSA) ¿Fuimos felices, verdad, Ana?

ANA.- Sí... Fuimos felices... (PAUSA) ¿Por qué se suicidaba la mujer de tu cuento?

VICTOR.- ¿Quién? ¡Ah! No sé... por cosas...

ANA.- ¿Por cosas? ¿Qué cosas?

VICTOR.- Bueno, no sé... cuando lo termine te lo podré decir.

ANA.- Bueno... Es mejor que subas a dormir, mañana es lunes tienes que levantarte temprano.

VICTOR.- Sí, claro.

ANA.- (SE LEVANTA Y VA A TOMAR DE LA PERCHA LA ROPA) Cierra las llaves del agua en la cocina, no vayan a quedar abiertas...

VICTOR.- Voy... Deja yo llevaré la ropa.

ANA.- Bueno.

VICTOR.- Quieres que te suba un vaso de agua?

ANA.- Bueno... Gracias. Y fíjate en las llaves del gas siempre quedan mal cerradas...

VICTOR.- Es que nunca las cierran bien.

ANA.- (A VICTOR QUE VA A LA COCINA) Víctor;

VICTOR.- ¿Qué?

ANA.- Bésame... (EL VA HACIA ELLA Y LA BESA) No te olvides de mi vaso de agua.

VICTOR.- No...

ANA.- (SUBIENDO LAS ESCALERAS) Que no te quede ninguna luz prendida, Víctor.

VICTOR.- (EL ESCENARIO ESTA VACIO. VICTOR CONTESTA DESDE LA COCINA) No te preocupes. (ENTRA AL ESCENARIO, VA HASTA LA PERCHA A RECOGER LOS ABRIGOS; VE LOS SANDWICHS Y LA BOTELLA. LLEVA LA BOTELLA HASTA LA LICORERA Y LOS SANDWICHS A LA COCINA. VUELVE A ENTRAR AL ESCENARIO. APAGA LA LUZ DE LA LAMPARA DE PIE; EL ESCENARIO QUEDA ILUMINADO POR LA LUZ QUE CAE DEL SE GUNDO PISO) Te dejé plata para el pan y la le che en la cocina, en el estante... (TOMA LOS ABRIGOS, MIRA EL DE ELLA. LOS SUBE)